

LA ALEGRÍA DE LA VENDIMIA



GOYA. La vendimia.

«Dadme una cesta, muchachas,
que quiero en tanta alegría
compañero ser dichoso
de vuestra dulce fatiga.»

(JUAN MELÉNDEZ VALDÉS.)

EL campo es lo mejor de España, las huertas y los rosales, las albercas y los mirtos, las sementeras de surcos paralelos y los trigales dorados, trojes que encierran el milagro fragante del pan.

En las tierras españolas está el esfuerzo gozoso de la reja en los barbechos y el sudor fecundo de la siega estival, los anhelos de la sequía y las zozobras del granizo, las parvas abundantes y el

cantar de los trillos, y en septiembre la más colorista de las labores del agro, el regocijo inefable de la vendimia otoñal.

Tan bella es la tarea, que tienta a los pintores y a los poetas de todas las épocas, desde el siglo XII, en que Juan Lorenzo de Astorga, contemporáneo de Berceo, admirador del «bon vino» curado en odres leonesas, lo alaba en su famoso «Poema de Alexandre».

Es que de todos los afanes del campo, ninguno es tan jovial y jocundo como la vendimia: es una tarea grata y sonora, plena de cantares y de juegos, olorosa a racimos que estallan entre el albear de las sonrisas manchadas de mosto.

En los tiempos paganos, el acto de la vendimia alcanzaba honores de rito y hasta el plantar la viña revestía caracteres sacros, según vemos en los viejos grabados. Al poeta le encanta la visión de las cepas y exclama:

«Tengo flores, frutales y viñedos,
y es de ver la delicia con que exprimo
la otoñal opulencia de un racimo
para que el jugo corra por mis dedos.»

Hasta el afrancesado y frío Meléndez Valdés, el de las huecas odas anacrónicas, se siente tentado por el gozo del tema:

«Ya dió alegre el fresco Otoño
la señal de la vendimia,
y a su voz redobla el eco
por los valles y colinas.
Las cestas, pues, se preparen,
ordénense las cuadrillas,
y al campo salid gritando:
¡honor al dios de las viñas!»

Hubo un buen escritor de finales del siglo XV, Antonio de Guevara, que en su libro «Menosprecio de Corte y alabanza de Aldea» se muestra admirador integral de los viñedos; no resisto a la tentación de transcribir el siguiente párrafo: «Es privilegio de aldea que el que tuviere algunas viñas, goce muy a su contento dellas; qual parece ser verdad en que toman muy gran recreación en verlas plantar, verlas binar, verlas cubrir, verlas cercar, verlas bardar, verlas regar, verlas estercolar, verlas podar, verlas sarmentar y, sobre todo, verlas vendimiar.»

Antonio de Trueba, en «El libro de las montañas», también confirma la alegría bulliciosa de la vendimia:

«Pero mirad qué alegres,
mozos y mozas,
invaden los viñedos
desde la aurora!
¡Ved qué alegría
pregonan los cantares
de la vendimia!»

Pero dejemos a los poetas y digamos algo concreto de la recolección de la uva.

Los vendimiadores, hombres y mujeres, ancianos y niños, se levantan con el alba de septiembre, uncen las yuntas en las corraladas, sujetan a yugo los pesados vehículos, cargan las banastas y los hocinos, y allá van

en el claro amanecer las caravanas camino de la viña distante.

Al lento compás de las carretas brotan las risas de las mozas y los cantares de los enamorados.

Cuando llegan a la viña, verde mar de pámpanos manchegos con un molino quijotesco al fondo, se descargan los carros y se coloca todo, incluso las bestias, a la sombra de los pinos de la linde; desde allí se descubren los disciplinados millares de cepas colocados en filas marciales.

Y empieza la vendimia, entre la umbría de los pámpanos y la fragancia de los racimos. ¡Hala, hala, en la jovial y bulliciosa faena! ¡Qué gusto cortar y cortar racimos, maduros y apretados, blancos y negros!

¡Hala, vendimiadores!»

«Que no quede ni un racimo
que se escape a vuestra vista,
que no corte vuestra mano
y el cuñado no reciba.»

A veces, entre el cortar de los trinches y las coplas bulliciosas y largas, las afanosas muchachas hacen un alto en la tarea, en ese afán de cantar y cortar entre las vides pomposas, para clavar los dientes nacarados en la pulpa jugosa de las uvas, en los racimos adornados con pámpanos esmeralda.

Durante el día, cuando hay carga de cestos rebosantes, por entre cuyos claros mimbres va vertiéndose el mosto, van las lentas carretas camino de los lagares y el chirriar de las ruedas acompaña el pausado cantar de los gañanes:

«Aunque soy de la Mancha
no mancho a nadie;
más de cuatro quisieran
que las manchase.»

Al caer de la tarde, con los carros ahitos de banastas, retornan los vendimiadores a la aldea.

«Rodeado de mozas, en las lomas,
mirándose en la plata de algún río,
reposa suavemente el caserío
fingiendo una banalada de palo.»

Así es la vendimia septembrina en las tierras fecundas de España: pardas de Castilla, ocreas en Aragón, luminosas en Levante, húmedas al Norte y rientes al Sur...



Las banastas de mimbre, la suavidad y la herrumbre del Otoño, el penetrante olor de las uvas maduras, conceden a la vendimia una auténtica poesía.

Comarcas afanosas y campos alegres donde—al compás de los frutos—se doran las muchachas que crecen y los niños que nacen; brotes y generaciones de una Raza que, con pulso heroico, detuvo al sol en su carrera, que abonó con su esfuerzo y con su sangre durante siglos el suelo patrio, con su músculo y con su materia orgánica; pero también con lo que fué, por tradición, su espíritu y su credo, sus alegrías y sus quebrantos.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ



Las muchachas de la Sección Femenina ayudan, en la hora de la reconstrucción de la Patria, a las tareas campestres que han de levantar el país. La alegría de la vendimia, bajo los soles del Otoño, ganan todo el tono optimista de la vida nueva.



El placer de la vendimia es uno de esos secretos que guarda el campo y que sorprendería a las gentes de la ciudad de tan solo entrenetos... El absurdo rebano que se domicilia en las ciudades vivirá espléndidamente la vida del campo, de apreciar y conocer todos estos verdaderos goces.

